

Sensaciones y sensibilidad en Días de ocio en la Patagonia

ENRIQUETA MORILLAS

En la tradición de los libros de viajes, los de ocio constituyen una suerte de culminación. Pertenecen al grupo de textos post-ilustrados, imbuidos de los saberes que permiten acceder a las nuevas ciencias y sus clasificaciones fundadas en la observación racional. Difieren notablemente de las antiguas crónicas del descubrimiento y la conquista por las exigencias derivadas de las ciencias naturales, el racionalismo científico que todo lo mide y lo muestra, de una parte. De otra, en el siglo XIX la lengua literaria ya ha logrado rasgos distintivos americanistas que nos permiten pensar en una tradición. Cuando se trata de escritores viajeros pertenecientes a otras lenguas, son también discípulos de una larga tradición en la cual las lecturas y las formas han consolidado la literatura burguesa moderna.

El libro de William Henry Hudson se inscribe en el esplendor de la tradición americanista del siglo XIX. Es literatura fundacional, como las primeras crónicas, por mostrar el Sur desconocido e ignoto en sus aspectos racionales e irracionales. Pero por su perspectiva y la construcción del discurso se inscribe en lo que ha dado en denominarse segunda generación romántica en las letras rioplatenses. Basta con leerlo para constatar que las formaciones textuales y los tipos discursivos¹ logran un diseño cuya modernidad lo tornó accesible para el lector europeo culto de la época. El ángulo de visión es privilegiado: puede escrutar, disentir y hasta refutar la mirada europea de los primeros textos sobre la Patagonia. Hudson, hijo de padres norteamericanos, es un escritor argentino por sus vivencias compenetradas con la naturaleza y una mirada que busca revelar y escrutar lo propio.

W.H. Hudson es un viajero capaz de unir la observación científica a los sueños, el arte y la imaginación. La singularidad de este libro resulta del continuo entreverado de estos aspectos. El naturalista minucioso observa y describe, confronta y valora. El hombre da rienda suelta a un verdadero concierto de sensaciones, las cuales actúan como disparadores que concitan un ámbito: el imaginario de la Patagonia. La exploración del viajero se vierte en un minucioso relato para el lector europeo y americano, al cual ofrece un diseño preciso de la región, sus habitantes, su fauna y su flora.

¹ Walter Mignolo, *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista*, en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana, T. I*, Madrid, ed. Cátedra, págs. 57-116.

De las observaciones de Adolfo Prieto, extraigo la del romanticismo de los viajeros, término con el cual quiere abarcar la subjetividad que de manera constante se les cuela entre los datos empíricos propios del relato de viaje². Pero en Hudson no se trata de expresiones aisladas, sino de una intrusión que contamina el discurso hasta lograr la convivencia racional del ilustrado con la libre expresión de las sensaciones y la emocionalidad transformadoras por el impacto de la realidad humana, animal, vegetal y mineral.

En opinión de Jean Franco, Hudson, hijo de estadounidenses, actúa con una mirada “más bien inglesa” por su formación intelectual. En verdad, nos parece que Darwin y los otros escritores europeos que menciona actúan como resortes que lo impelen a la reflexión crítica y son materia de confrontación, refutaciones y replanteamientos constantes.

En el momento que sigue a la aparición del libro éste fue muy considerado y ocupó un puesto de honor en la literatura inglesa junto a Kipling y a Conrad, constituyendo una suerte de trinidad que tiene en común la presentación de una visión literaria periférica, pero luego cae prácticamente en el olvido. Para la literatura argentina, en cambio, junto a *La tierra purpúrea* y *Allá lejos y hace tiempo*, *Días ocio en Patagonia* y el conjunto de sus escritos se instalan en un lugar seguro³.

Si bien la formación intelectual del escritor y su posterior radicación definitiva en Inglaterra pueden llegar a inferir aquel aserto, lo primero que advertimos en el texto que examinamos es que este explorador se sumerge gozosamente en la naturaleza, no de una manera idílica, sino para absorberla a través de las sensaciones. El oído y la vista son las que especialmente se despliegan en un discurso permanente que atraviesa el texto para configurar una sensibilidad atenta, pareja, puntual.

No hay exotismo en la mirada de Hudson. Antes bien, su romanticismo se exagera por el imperio de las sensaciones. De manera que junto al relato del científico hallamos el del explorador sensible y enamorado de la tierra. El Sur es un territorio muy poco conocido y aquí el desierto se muestra en toda su magnitud:

El valle, al final de un verano largo, caliente y ventoso, tenía un aspecto excesivamente seco y estéril. Según me dijeron, el campo había sufrido la escasez de la lluvia durante tres años, tanto que hasta las raíces del pasto estaban arrancadas, y cuando el viento era fuerte una nube de polvo amarillo caía durante todo el día (...).

(...) El calor quema la vegetación hasta reducirla a cenizas y el viento arrastra hojas y raíces, junto con la superficie de la tierra, dejando al descubierto en muchas partes la arena amarilla de abajo y todo lo que estaba enterrado en ella desde hacía largo tiempo (...)⁴.

Es tal el predominio de las impresiones de lo natural que las sensaciones prevalecen a lo largo del texto constituyendo una matriz o formación genérica textual envolvente. De entre ellas, el propio autor ha de referirnos casi musicalmente una y otra vez a lo largo del

² Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la Literatura Argentina (1820-1850)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1996.

³ Jean Franco, *El exiliado nato*, en Guillermo Enrique Hudson, *La tierra Purpúrea y Allá lejos y hace tiempo*. Prólogo a la edición de Ayacucho, Caracas, 1980.

⁴ William Henry Hudson, *Días de ocio en la Patagonia*, Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, 1997 (citamos el nombre del autor tal y como aparece en esta edición. Por las razones aducidas, utilizaremos preferentemente los nombres de pila en español).

relato los sonidos del canto melodioso de las aves, cuyas variaciones no nos llevan sino a percibirlo como una sinfonía natural. Este canto y la visión pormenorizada del plumaje, ojos, aleteos, se unen a la de los diferentes arbustos, pastos, raíces, frutos, nubes, cielo, para configurar el relieve del texto.

El goce y la alegría acompañan estas sensaciones de manera orgánica. La percepción del conjunto configura la sensibilidad romántica que acaba desplegando el sentimiento amoroso hacia la armonía de lo natural. Observa Jean Franco en el estudio antes citado que Hudson incluye la violencia del mundo animal y humano. Pero esto no contribuye sino a otorgar verosimilitud al texto que quiere mostrarnos el áspero desierto.

El relato de aventuras, de cuño romántico también, queda así en un segundo plano. El naufragio primero, las arduas caminatas por el desierto, la sed, el accidente con el arma, la convalecencia y los numerosos viajes a caballo diseñan el viaje por el espacio del Valle del Río Negro y sus escasos pobladores. Los médanos, las salinas, las poblaciones abandonadas, han de sucederse en estos días que el viajero quiere transformar en un verdadero ciclo de ocio contemplativo para desplegar una subjetividad atenta a las pulsiones de la copa amarga y salvaje del desierto patagónico. El gusto por los tópicos románticos que inician el texto se inclina hacia los motivos más trillados del relato de aventuras. Un barco viejo y desvencijado como los de los vikings, la costa llena de peligros, la tempestuosa noche difieren notablemente del viaje a través de las sensaciones que la naturaleza despierta en el narrador, este otro relato paralelo al de aventuras del cual nos queremos ocupar en este encuentro.

En los dos primeros capítulos se acumulan las peripecias: una tormenta marina, un barco a punto de volcar, un intento de motín a bordo y finalmente la nave, encallada en unos médanos, pone fin al viaje. Desde allí, ayudados por cuerdas, los viajeros llegan a la costa próxima:

...La Patagonia estaba allí por fin. ¡Cuán a menudo la había visto en mi imaginación! ¡Cuántas veces había deseado ardientemente visitar ese desierto solitario, no hollado por el hombre, para descansar allá lejos en su paz primitiva y desolada, apartado de la civilización!...

Allí también, un poco más al interior, se encontraba el lugar llamado Trapalanda y el lago custodiado por un espíritu en cuyas márgenes se levantaron los cimientos de la misteriosa ciudad que muchos han buscado pero que ninguno hallara. No fue, sin embargo, la fascinación de las viejas leyendas ni el deseo del desierto lo que me atrajo. Hasta que no hube gustado su sabor, no supe lo que significaba para mí su tranquilidad y su soledad, ni imaginé las cosas extrañas que me enseñaría y con qué fuerza habría de quedar su recuerdo grabado en mi espíritu...⁵

El relato es explícito: llega a estas remotas tierras del sur argentino llevado por su pasión por la ornitología, ya que las aves que observara y estudiara en su infancia en la provincia de Buenos Aires llegaban al desierto. Las motivaciones también se enuncian con claridad. Las aves

5 W. Henry Hudson, *Op. cit.*, págs. 11-12.

...no eran sino viajeros que se detenían sólo para dar descanso a sus alas o que se oían desde lejos lamentándose en su camino de nube a nube, impelidos por esa incomprensible y misteriosa facultad tan diferente de cualquier otro fenómeno en sus manifestaciones, como para hacerlo parecer algo sobrenatural entre las cosas naturales.⁶

Hudson, viajero él mismo, rechaza la ciudad y busca en la naturaleza un íntimo contacto y un aprendizaje directo. A diferencia de Félix de Azara, a quien considera minuciosa y respetuosamente, utiliza la ciencia para ir en pos de la individuación trascendente: misteriosas cualidades que tornan los seres vivos en únicos e irrepetibles. La exploración no ha de detenerse: página tras página, los cantos melodiosos, los sonidos ásperos, los colores y sus matices, la piel rugosa o lisa, suman sensaciones. Es esta constancia de la absorción sensible lo que lo distingue. Practicada sin desmayos, consigue elaborar el texto fundamentalmente por la organización perceptiva de las sensaciones. Los sentidos configuran el conocimiento, la percepción los organiza. El romanticismo de Guillermo Enrique Hudson lo lleva hacia la naturaleza de tal manera y con tanta intensidad que su discurso científico, visible en las largas descripciones dispuestas en todos los capítulos del libro y el realismo indudable de las crudas escenas del relato son re-significados con estas peculiares vibraciones. En pos del misterio que evoca la sobre naturaleza, busca palpar el sabor, pero fundamentalmente la sonoridad y los efectos visuales, transformando su exploración al elaborar a su través una sensibilidad peculiar.

Como literatura de viajes, reconocemos en *Días de ocio en la Patagonia* las matrices de la crónica y la del relato de aventuras, sin soslayar la información precisa y puntual de los acontecimientos. No deja de lado las leyendas ni las creencias, en polémica constante con los libros consultados que tratan de esta región del Sur del mundo como Darwin, etc., ni de examinar los asertos vertidos por sus antecesores en la caracterización de sus peculiaridades.

La jornada se inicia en los médanos y se prolonga a través del desierto en una interminable caminata, donde la fatiga y la sed no vencen a los náufragos, quienes finalmente arriban a la población de El Carmen, en las márgenes del Río Negro. Pero son los arbutos y las aves los que prevalecen en el discurso de un narrador que continuamente observa y describe su sonido, comparando, confrontándolos con otras especies o destacándolos en su singularidad:

Esperé encontrar de nuevo alguno de estos pájaros en la Patagonia (...) tenía esperanzas también de contemplar algunas nuevas especies, pájaros cuya sola belleza fuera comparable, por ejemplo, con la del torcecuello de Europa o con la de los trigueros y tan viejas como ellos sobre la tierra, pero no vistas antes por ningún ser humano ni clasificadas con nombre alguno. No sé qué clase de sensaciones experimentarán los otros ornitólogos cuando su entusiasmo llega al máximo; de mí puedo decir que por la noche mis sueños se relacionan a menudo con algún pájaro, al que veía con una fuerza sorprendente de realidad (...).⁷

La vinculación de los sueños con la realidad es mencionada en numerosas ocasiones y en todas ellas destaca en primer plano las sensaciones: son las poderosas aprehen-

⁶ *Ibid.*

⁷ W. H. Hudson, *Op. cit.*, págs. 12-13.

soras de la experiencia y a través de ella filtra continuamente el conocimiento. Al ocuparse de los colonos de El Carmen, el pequeño grupo que lucha denodadamente contra el indio y con la naturaleza, Hudson explica detalladamente el proceso de aprendizaje a que se ven sometidos:

La sensación que experimenta el colono, desde el instante en que se interna en el desierto, es que tendrá que sostener una lucha continua, no habiendo sentimiento comparable a éste para templarlo e inspirarlo con un sano y verdadero interés por la vida. (...)

Es duro vivir en el seno de una Naturaleza indomada o sometida a medias, pero hay en ello una maravillosa fascinación(...) esta Naturaleza, insensible e inmutable, transformada más allá de los mares en una cosa constante y caprichosa, difícil de gobernar; una hermosa y cruel ondina que maravilla por su originalidad (...) Un ser que tan pronto ríe como llora, tirano y esclavo alternativamente, desbaratando hoy el trabajo de ayer o realizando mañana, contenta, más de lo que se espera de ella (...) Todos estos cambios rápidos e incomprensibles, aunque dañan y destruyen nuestros planes, repercuten en la mente, sacudiendo energías latentes y cuyo descubrimiento nos llena de satisfacción⁸.

No nos es posible reproducir aquí el largo relato de este combate con los elementos, pero sí queremos destacar el impacto sensorial y emocional de la infructuosa lucha que lo transforma con sus múltiples vicisitudes y lo preserva del cansancio del mundo y de la vanidad de las cosas.

La vida en la Patagonia tiene colores bien reales, nos advierte Hudson. Nos cuenta del frustrado intento de someter a la colonia por parte del Brasil y el valor y la astucia con la que fue defendida. Incluye episodios de la vida de Ventura Sosa, un patagón de singular agudeza visual. Sus narraciones que tratan de naipes y de amores, especialmente, dan paso a la historia de Damián, el colono que consiguió sobrevivir entre los indios en "Las Manzanas", donde vieron la muerte los misioneros jesuitas que procedían de Chile, restando sólo unos pocos manzanos. La fertilidad del suelo y el clima lograron que se propararan subsistiendo después de tres siglos durante los cuales prodigaron sus frutos.

Estos episodios son relatados en los capítulos VI y VII. Pero ya en el octavo, Guillermo Enrique Hudson retoma su relato de las sensaciones que produce la naturaleza con una intensidad y un afinamiento de los matices visuales y sonoros que hacen de este libro fundamentalmente, el relato de la transfiguración experimentada en la Patagonia.

El interés de los siguientes recae así en la nieve y la cualidad de la blancura. Por contraposición evocadora con las emociones de Kingsley frente a la vegetación tropical ha de descubrir el blanco más intenso y sorprendente aún que el mar de leche de Herman Melville y Moby Dick, con algo de ilusorio y misterioso que nos fascina. Discrepa con él en lo relativo a la sobrenaturaleza que le otorga la sublimidad de la blancura a las cosas: esta aptitud misteriosa del color blanco era para Melville una sensación heredada que puede reproducir en nosotros las que experimentaron nuestros predecesores en el período glacial. El fantasma gigantesco del que quisieron liberarse por siglos pasó a ser un fantasma del espíritu. Hudson admite que el frío pueda haber condicionado esta sensación:

⁸ W. H. Hudson, *Op. cit.*, págs. 78-79.

Es muy probable que haya sido el frío uno de los enemigos más antiguos e implacables de nuestra raza; no obstante, rechazo la explicación de Melville, a favor de otra que parece más sencilla y satisfactoria —a mí, por lo menos—, y es que ese algo misterioso que nos emociona ante la vista de la nieve deriva del animismo que existe en nosotros y en nuestra mente animista al considerar todos los fenómenos excepcionales⁹.

La erudición de Hudson se despliega en estos capítulos, pues el animismo le hace revelarnos su pensamiento y examinar sus fuentes, como por ejemplo Taylor (*Primitive Culture*). Llama entonces a los filósofos a que abandonen sus libros y teorías y se sumerjan en la naturaleza para extraer de ella las sensaciones que les revelen el conocimiento. En cambio los poetas

...que no se expresan científicamente, sino en el lenguaje de la pasión, aseguran que el sol se regocija en el cielo y se ríe de la tormenta. Que la tierra está alegre con las flores en primavera y que los campos son felices en otoño. Que las nubes se enojan y lloran, y el viento suspira... ellos no hablan en metáfora, como nos enseñaron, sino en momentos de emoción, cuando volvemos a las condiciones primitivas de la mente, y la Tierra, toda la Naturaleza, está viva e inteligente y siente como nosotros sentimos¹⁰.

En el hombre civilizado vuelve a despertarse el animismo como en el hombre primitivo. No se trata de una doctrina de las almas sobrevivientes al cuerpo o al objeto que habitaron, sino de “... la proyección de nuestro espíritu en la Naturaleza, la atribución de la propia vida consciente y de la inteligencia a todas las cosas...”. La nieve posee la virtud de despertar más poderosamente el animismo en Hudson por su vinculación permanente con lo terrestre, en tanto que en Melville es el contacto con el mar el estímulo que traspone al viejo marino de su relato. De allí que el mar de leche, la ballena blanca, los animales albinos, el oso polar, no actúen en G.E. Hudson del mismo modo: en cambio es el crudo invierno en el cual reina la nieve el que posee la aptitud de tornar poderoso el sentimiento animista, al renovarlo año tras año, de manera permanente a través de las centurias.

En los días ociosos Hudson se complace en la contemplación sistemática de la Naturaleza. Los pájaros y los arbustos, el verde río Negro de aguas transparentes instalan en él el gozo de vivir. Su viaje es así un continuo deslizarse entre las especies y, aún describiéndolas con la exactitud de la observación del naturalista con sus particularidades y sus nombres en latín, las sensaciones parecen repetir el canto y el color mientras su errancia le permite familiarizarse con los hábitos de los animales y aprender su lenguaje.

El gallito, el oculto, la martineta copetona, se confunden con el follaje y el pasto seco: sus plumas, los huecos que dejan en la arena o aquéllos en los que se guarecen, como las huellas de sus pisadas son escrutados y analizados por el explorador. El coro se eleva cuando se aleja, fruto del miedo y la emoción: “pero ya se sentían libres y felices, como si mi sombra errante nunca hubiera pasado por allí”.

En la Barranca de los loros deja finalmente la escopeta, comprendiendo que nada puede otorgar tanto vigor como ese recreo permanente de la vista. Las palomas salvajes,

⁹ W. H. Hudson, *Op. cit.*, pág. 102.

¹⁰ W. H. Hudson, *Op. cit.*, pág. 103.

los pequeños halcones y las golondrinas purpúreas tienen también su albergue en la barranca. En el agua, las gallaretas, las bandadas de patos y los cisnes blancos de cuello negro saltan, dan volteretas cuando la piedra lanzada al agua interrumpe su transcurrir. Las hormigas negras de hábitos agrícolas, aunque guerreras, se le aparecen dominadas por la razón y el sentido común. Cinco siglos después de la desaparición de la civilización incaica continúan con sus formas de vida regida por la Naturaleza.

Hudson nos remite al remoto pasado en el cual los Incas no solamente estarían imbuidos del culto a Viracocha y Pachacamac que enseñaban al vulgo: "...poseían, también, como los filósofos modernos, un concepto de ese implacable poder de la Naturaleza que ordena las cosas y que está por encima (...) de los dioses que tienen sus tronos en los picos de los Andes."

La sensibilidad romántica moderna es enlazada así con aquella más antigua de la civilización andina. Actitud que acaba perfilándose como ideológica, pues está señalando claramente la mayor sensibilidad americana y un pensamiento que se sustenta en lo religioso y en lo político (nadie ignora que el Incario fue un imperio), capaz de tender su arco temporal hacia el futuro. Esto será abordado en otro trabajo: señalaremos aquí tan solo la firme consolidación de una mirada americana y un pensamiento más atento a lo sensible que Guillermo Enrique Hudson opone a la europea. Es sobre todo Charles Darwin quien merece sus mayores reproches: Pletórico de la percepción de las sensaciones sonoras de las notas y las frases del canto de la calandria, Hudson ha de oponer la música de los pájaros en Sudamérica al pensamiento de los naturalistas y viajeros europeos. Discrepa con Humboldt.

Es esta sensibilidad americana el punto de llegada al que nos condujo la matriz envolvente del concierto de sensaciones. Los pájaros, viajeros como los exploradores, resultan los poseedores de un lenguaje específico. El hombre americano, a fin de cuentas, puede practicar distintas habilidades, pero no define por sí mismo el SUR. La Naturaleza, en cambio, sí posee esta aptitud. Despertar esta sensibilidad es esencial para que el animismo guíe al pensamiento. Hudson descubre en las aves migratorias a sus lazarillos y a sus ángeles: sin ignorar que son criaturas, les atribuye una espiritualidad que, como toda la Naturaleza, nos lleva a la fuente de toda sabiduría. Desde ella, puede organizar perceptivamente las sensaciones y proponernos una reflexión distinta a la del viajero europeo:

Algo, sin embargo, enturbiaba un poco mi felicidad, y era el pensar que los viajeros y naturalistas europeos, cuyos trabajos conocía, nada decían o decían muy poco y despectivamente acerca de la música de estos pájaros que tanto me encantaban a mí. Recordaba muy especialmente, con cierta indignación, las pocas palabras de Darwin, el más famoso de todos y que prestó mayor atención a la vida de los pájaros de la región meridional de Sudamérica. El mejor elogio que hizo de un cantor patagónico fue adjudicarle 'dos o tres notas agradables' y de la calandria, uno de los mejores melodistas del Plata, dijo que era casi el único pájaro de Sudamérica que verdaderamente cantaba con decisión... (...)¹¹

11 W. H. Hudson, *Op. cit.*, pág. 124.

El elogio de la aguzada vista de los aborígenes no le impide advertir que su elevado desarrollo tiene que ver con su adaptación al medio y sus necesidades de supervivencia. Esto no tiene que ver tanto con las diferentes razas, como con el equilibrio entre los órganos y sus funciones. Pero indudablemente, el centro de atención de Hudson está en las aves, cuyos ojos se le aparecen como espléndidas gemas, de las cuales el cuerpo y las plumas son solamente un engarce. El reino animal provee de ojos de colores diversos a sus criaturas. Al vivir en la Naturaleza trasuntan emociones: constituyen la más poderosa defensa, un arma más eficaz que los picos, los dientes, las bocas, las alas, pues en ellos reside la luz que proyecta los instintos vitales.

En la llanura patagónica Hudson experimenta intensamente la antigua armonía de la naturaleza salvaje. Se explaya largamente acerca de los sentimientos que para otros, como Darwin, eran extraños, misteriosos, inconcebibles. Surgen instintos y resabios que muestran el fondo oculto y ardiente que le permitió acceder a una dimensión más próxima de sí mismo:

Hay algo que decir a favor de esta índole primitiva y animal que hay en nosotros. (...) Y hasta que no tengamos una civilización mejor, más llevadera y más igual en sus progresos, sobre todas las clases, si es que debe haber clases, es tal vez una suerte que hayamos fracasado tanto queriendo eliminar al "salvaje" que hay en nosotros, al "hombre primitivo", como algunos prefieren llamarlo. No un hombre primitivo respetable, pero sí bastante útil en ciertas ocasiones, pues acude en nuestra ayuda cuando necesitamos sus servicios por alguna circunstancia dolorosa¹².

Ver y oír se tornan los sentidos más importantes para Hudson. A través de estos sentidos se puede recordar: volver a instalar plenamente las imágenes mentales como no puede hacerse a través del gusto y el tacto. Las sensaciones que experimenta a través del oído y de la vista tienen la ponderada aptitud de suscitar la emoción y potenciar el intelecto. El olfato está más cerca de ellos, pero, a diferencia de aquéllos, sus sensaciones caen en el olvido. En cambio, el oído puede experimentar la sensación, al igual que la vista, mucho tiempo después, como si el tiempo no hubiera transcurrido. De allí el tratamiento prolongado, recurrente y decisivo que cobran en *Días de ocio en la Patagonia*.

¹² W. H. Hudson, *Op. cit.*, pág. 192.